

NOELIA LORENZO PINO

LA SIRENA ROJA



erein

LA SIRENA ROJA

16

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Mayo de 2015

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

A. Hermida Bercianos

Maquetación:

Erein

© Noelia Lorenzo Pino

© EREIN. Donostia 2015

ISBN: 978-84-9746-984-5

D.L.: SS - 444/2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

NOELIA LORENZO PINO

LA SIRENA ROJA

erein

Dedicado a todas las sirenas rojas

Oh, when love is gone, where does it go?
(Oh, cuando el amor se va, ¿adónde va?)

ARCADE FIRE - AFTERLIFE

Martes 23 de julio

La víctima estaba bocarriba. Era un varón de entre treinta y cinco y cuarenta años. Tenía la cabeza envuelta en *film* transparente. Se podía apreciar la boca abierta y el plástico entrando en ella. Tenso. Asfixiante. Parecía que tuviera la cabeza envasada al vacío. Como un trozo de carne expuesto en el refrigerador de cualquier supermercado. Su torso estaba desnudo. La única vestimenta que llevaba era un vaquero desgastado y unas deportivas blancas de marca. La agente Eider observó que el tío se cuidaba. Pecho y brazos depilados y los músculos bien marcados. Ejercicio y mucha dedicación, demasiada...

“Ahora, independientemente del tiempo que hayas invertido en él, se pudrirá sin distinción, como el resto de cadáveres”, pensó Eider sin quitarle ojo.

Se veían marcas alrededor de las muñecas y un moratón enorme sobre el hombro derecho. Tardaron un rato en darle la vuelta. El suboficial Jon Ander Macua y ella tuvieron que esperar al médico forense y a los de la científica antes de poder hacerlo. Hacía calor y el sol les pegaba de lleno. Eider sintió un incipiente dolor de cabeza. Observó que Jon Ander tenía la frente cubierta de diminutas gotas de sudor. Estaba rojo como un tomate y no paraba de resoplar. No había ni un árbol bajo el que refugiarse. Nada. Estaban en un maldito descampado, en medio de la nada. Una especie de escombrera donde los albañiles vertían las entrañas de viejos edificios.

Cuando por fin pudieron mover el cuerpo, se sobresaltaron al comprobar que le habían arrancado la piel de la espalda. Estaba en carne viva. Un corte recto, perfecto, a la altura de los hombros. Un rectángulo que bajaba hasta la zona lumbar. Eider pálida e impresionada miró al suboficial y este meneó asombrado la cabeza.

–Joder, le han desollado –murmuró Jon Ander–. ¿A qué peli me recuerda esto?

–A *El Silencio de los Corderos* –susurró Eider que también se le había pasado por la mente.

–Eso es. ¿Cómo se llamaba el tipo? El asesino... –preguntó sin quitar la mirada del cuerpo.

–Los del FBI le llamaban Buffalo Bill –dijo como hipnotizada.

–Una peli cojonuda –susurró.

Estuvieron varios minutos con la mirada clavada observando al forense y a los de la científica como si estuvieran frente a otra película.

Miércoles 7 de agosto

Eider se despertó por quinta vez durante aquella noche. Habían pasado dos semanas desde el hallazgo y aún soñaba con ello. Se incorporó lentamente para no despertar a su marido, y se bajó el camisón que se le había subido y enroscado a la altura del pecho causándole un dolor insoportable. Miró el reloj. Eran las cuatro y media. Ya no aguantaba el calor y el duermevela. Decidió levantarse con sigilo. Llevó los pies al suelo y se calzó las chanclas. Entornó la puerta del dormitorio y caminó hasta la cocina. Se recogió el cabello en una coleta alta y se secó el sudor de la nuca.

“Maldito calor”, pensó agobiada.

Se comió un yogur de soja de chocolate sentada en la mecedora del balcón. Soplaban un viento cálido. El ambiente olía a tierra seca. No se veía un alma por la calle ni ruidos de motor. Lo lógico en Irún un miércoles a aquellas horas intempestivas. Miró al cielo. La luna estaba casi llena y en total calma. Aquel satélite siempre le transmitía la misma serenidad. Cerró los ojos con la cuchara en la boca y saboreó la última pizca de chocolate. Regresó a la cocina y, aprovechando que tenía los recuerdos del hallazgo de la víctima tan frescos, decidió volver a revisar sus anotaciones.

Eider no llevaba más que medio año en la Unidad de Investigación Criminal en la comisaría de la *Ertzaintza* de Oiartzun y quería trabajar duro en el asesinato de Héctor Cascallar, el que, sin duda, había sido el crimen más impactante

y extraño con el que se había enfrentado nunca. Habían hablado con el entorno de Héctor y todas las pistas halladas fueron callejones sin salida. Nadie se explicaba quién podría haberle asesinado y mucho menos entendían la siniestra herida de la espalda. La forense dictaminó la asfixia como causa de la muerte y explicó que la desolladura se la habían hecho post mórtem. “La persona que se lo ha realizado no es ningún novato. Una incisión perfecta producida con un bisturí”, opinó la forense. Habían buscado en su entorno un veterinario, un cirujano e incluso un carnicero pero, al parecer, Héctor no conocía a ninguna persona que se dedicara o que hubiese estudiado dichas profesiones.

Se frotó los ojos y bostezó. Estaba cansada y dolorida. Se llevó la mano derecha al pecho y resopló. Dolía. Se miró el escote del camisón. Tenía las tetas tan hinchadas que parecían dos globos. Pensó que si fueran de helio hace tiempo que habría salido volando por el balcón. Se imaginó encaminándose hacia la luna. Rio para sí. Cuando estaba premenstrual eso era exactamente lo que le pasaba, por si no eran ya lo suficientemente grandes, le aumentaban una talla. No quería que su marido la oyera. Siempre se estaba quejando de la misma historia y tenía miedo de que se cansase de ella. Si no fuera por el pánico que tenía a entrar en un quirófano, hace tiempo que se habría quitado alguna que otra talla. Aparte del dolor, tenía la espalda destrozada, por no hablar de las miradas que se clavaban casi a diario sobre ellas ¿Tanto llamaba la atención unas tetas grandes? Las suyas lo hacían. Eran como dos dianas. Quería que pasaran un poco más desapercibidas y, sobre todo, que dejaran de doler.

Miró las fotos del cuerpo de Héctor. Ahí estaba el pobre hombre. Todavía le impresionaba el gran corte en la espalda.

Tenía que ser más fuerte. Una tía dura. O por lo menos aprender a ocultar cuando se sobrecogía. Su compañero llevaba mucho tiempo en la unidad y se burlaba de ella. “Todavía me acuerdo la vez que vomitaste todo el desayuno. Menos mal que no era la escena de un crimen”, le repetía más a menudo de lo que a ella le gustaría. Aquella vez fue la primera vez que les tocó trabajar juntos. Un operario de recogida de basuras había hallado lo que parecía un cuerpo en un contenedor a las afueras de Lezo. Había mucha sangre y un olor dulzón muy desagradable. Se presentaron a primera hora de la mañana con el desayuno aún reciente en el estómago. Al final resultaron ser un par de cerdos. Una gamberrada de algún indeseable. A Eider le sobrevino tal náusea que lo vomitó todo salpicando las deportivas de Jon Ander. Cosa que jamás le perdonaría el suboficial Macua... Había pagado bien caro aquel salpicón. De eso estaba segura.

El teléfono móvil le sacó del desagradable recuerdo. ¿Quién sería a aquellas horas?

Miró la pantalla y contestó enseguida para no despertar a su marido.

–Dime, Jon Ander –dijo a media voz.

–Qué rapidez. ¿Estabas despierta?

–¿Qué ha pasado? –preguntó sin responder a su pregunta.

–Creo que el asesino de Héctor ha vuelto a actuar. Ha aparecido otra víctima. Esta vez, en Irún.

–No jodas.

–Yo ya estoy en la comisaría. ¿Te paso a buscar?

–Bien. Dame veinte minutos.

Eider le oyó colgar.

Eran casi las seis de la madrugada. Se pegó una ducha, se colocó dos sujetadores para amarrarse el pecho y se vistió un

vaquero y una camiseta negra holgada de cuello pico. Le gustaba ese tipo de escotes. Le favorecían y le disimulaban el pecho.

Dejó una nota a su marido en la cocina y bajó a esperar a Jon Ander.

—Una mujer que iba a trabajar vio el cuerpo y llamó a la comisaría —explicó Jon Ander en el coche—. La testigo vive en un caserío de Ibarla y madruga porque trabaja en un obrador. ¿Has desayunado?

—Solo un yogur.

—Mejor. No sé qué comerías el día de los cerdos..., pero te prefiero con el estómago medio vacío —se burló con sonrisa torcida.

Eider no contestó y respiró profundamente. A esas horas su humor aún estaba remoloneando en la cama.

Aparcaron en el barrio de Ibarla, cerca de la sidrería Ola. El cielo arrojaba la áurea luz de la mañana. Apreciaron que sus compañeros ya habían acordonado la zona. Había varios coches patrulla.

Sortearon el cordón policial y se acercaron a la orilla del río, donde aguardaba el cuerpo de una joven. Estaba boca-ririba. No llegaría ni a los treinta años. Tenía la cabeza metida en el agua y la melena rubia se movía sinuosa bajo la corriente. Llevaba un *short* negro, una alpargata roja de plataforma en el pie derecho, y un sujetador blanco sucio a causa de la tierra. La similitud entre Héctor y ella: la desolladura. Esta la tenía en ambos hombros, por la parte delantera, de las clavículas hacia abajo. Dos cuadrados. Otra vez perfectos.

—¿Qué clase de monstruo hace esto? ¿Por qué las desuella?
—preguntó Eider a media voz.

–Se querrá hacer un traje de piel como Buffalo Bill –bromeó serio.

–Joder, Jon, piensa –le exigió. Tenían algo muy gordo entre manos.

–Un puto loco. Está claro –contestó Jon Ander–Tenemos que cogerle. Antes de que lo vuelva a hacer.

Ambos se agacharon frente a la joven. No tocarían nada hasta que llegase la oficial Baraibar y los de la científica.

–Aún no sabemos si se trata del mismo asesino. Esta vez la víctima no lleva el *film* envolviéndole la cabeza. El crimen no parece idéntico –observó Eider.

–Con la piel arrancada me vale y me sobra. Es la misma persona o personas... –dijo meneando la cabeza y poniéndose en pie–. Saca tus propias conclusiones –añadió al tiempo que giraba sobre sus talones.

Eider le vio alejarse, con su característico caminar desgarrado, hasta el cordón policial. Se agachó para esquivarlo, pero no calculó bien y le dio con la cabeza. La cinta quedó tambaleándose un buen rato. Ella rio para sí. Su humor había salido de entre las sábanas y ya estaba de vuelta. Jon Ander se encendió un cigarro y expulsó el humo hacia lo alto. Era un fumador empedernido. Tenía el dedo índice derecho y el corazón color ocre a causa de la nicotina. Eider pensó que fumaba mucho, y más desde que se había separado. Calculaba que más de un paquete al día. Encima fumaba tabaco negro. El humo apestaba. Tenía cuarenta y cinco años y era un tío alto y corpulento. Moreno de piel y de pelo, con entradas prominentes, y con voz grave y ronca. Llevaban seis meses como compañeros, desde que Eider entró en la unidad. Jon Ander era suboficial, pero le trataba como si fueran del mismo rango. A menudo era impredecible, e incluso un borde, pero nunca

un prepotente. Había oído que tuvo varios encontronazos con el resto de miembros de la unidad y que por eso había pedido trabajo de calle, en vez de oficina, y ser el que formara a la nueva. De momento la cosa marchaba bien. Ella sabía llevarlo. Era paciente y de carácter tranquilo.

Eider se giró y observó de nuevo a la víctima.

“¿Quién eres?”, pensó sintiendo un gusanillo de nerviosismo en el estómago. Ahí estaba la pobre, aún con la cabeza sumergida bajo el agua. Supuso que su familia y su entorno estarían preocupados por su paradero. Era triste. No iban a volver a verla con vida. No iban a poder abrazarla nunca más, a oír su voz, a verla sonreír...

Le vinieron los malos recuerdos a la cabeza. Ella tampoco pudo abrazar a su hermana. Apareció en un sucio y oscuro callejón con un pico en el brazo. Solo tenía treinta años. Aquel día se acabó todo para Mari. Empezó un viaje sin retorno, aunque para Eider, hacía tiempo que se había marchado. Lo que quedaba de ella era un cuerpo delgaducho con pocos dientes. Una yonqui insensata a la que ya no se le podía reprochar nada. Esa no era Mari, esa no era su hermana. Desde los dieciocho años enganchada a la heroína. Su madre consiguió a duras penas arrastrarla a Proyecto Hombre, pero a los años volvió a las andadas. Era carne de cañón. Ya habían pasado catorce desde su muerte. Eider por aquel entonces tenía veintiún años. Su hermana le llevaba nueve. Mari dejó tanto por hacer, y a tantos en la estacada. Su madre tuvo que seguir haciéndose cargo de la criatura que Mari había parido tres años antes de su muerte. Para Eider era una mezcla de sobrina y hermana, todo lo que les quedaba de ella.

Suspiró y se sacudió los malos recuerdos. Tenía que concentrarse. Se sobrecogió solo de pensar que delante, tal vez,

tuviera el trabajo de un asesino en serie. Aquellas eran palabras mayores.

“¿Dónde te escondes hijo de puta?”, miró a ambos lados buscando a algún curioso. Había leído en varias ocasiones que a los asesinos les gustaba mirar cómo trabajaba la policía. Afortunadamente, a esas horas había muy poca gente. Memorizó las caras de dos señoras que, claramente, habían salido a andar, y la de un señor con un perro y un bastón, que también parecía ser un paseante madrugador. Descartó lo de las caras al momento. Todavía no entendía por qué a la gente le gustaba curiosear. No era nada agradable lo que iban a ver. En absoluto además.

Se acercó lo más que pudo al cuerpo y se agachó otra vez.

—¿Has visto algo más?

El olor a tabaco y la voz ronca delataron a Jon Ander sin que Eider se girara.

—Parece que tiene marcas en el cuello, pero no consigo verlas bien. Tal vez la hayan estrangulado —explicó poniéndose en pie.

—Acaba de aparcar la jefa.

Eider se giró y vio a la oficial Baraibar con el teléfono pegado a la oreja. Tenía el gesto serio de preocupación. Seguramente por todo lo que se avecinaba.

* * *

Entraron en el despacho a media mañana. El sol a aquellas horas era insoportable, observaba despiadado desde el cielo como una enorme bola de fuego. El termómetro del coche marcaba 38°. Eider se sentó en su despacho y resopló. Tenía la piel pegajosa y dos coloretos como fresones en sus mejillas. Miró a Jon Ander y observó que su camisa de manga corta

presentaba dos ronchones oscurecidos a la altura de las axilas. Estaba sudoroso.

El bolso de la joven víctima había aparecido entre unos arbustos río arriba, a treinta metros del cuerpo. Se llamaba Amalia Vargas y vivía sola en un apartamento de alquiler en la calle Santiago de Irún. Tenía veintiocho años. Era la menor y la única chica de cuatro hermanos y sus padres vivían en la misma calle, unas casas más arriba. Aún no habían comunicado la tragedia. Eider tenía la sensación de que, a pesar de no haber marcha atrás, mientras no lo contasen, era como si aún no hubiera pasado. Para el entorno de Amalia todavía seguía con vida. Seguramente, ni siquiera la habrían echado de menos. Era consciente de que habría un antes y un después en las vidas de la gente que la apreciaba. La noticia sería el comienzo de un futuro más desdichado, de una infinidad de lágrimas, de una eternidad de anhelos. Amalia ya no regresaría. Eider, de pronto, se sintió muy triste. Ella era así. Se ponía en la piel de todos. Era algo automático en su forma de ser. Pese a que sufría por ello, tenía la certeza de que una dosis de empatía en cada ser humano sería el antídoto para acabar con la crueldad de las personas. ¿De qué pasta estaban hechos algunos? Pero claro, la rara era ella, por sensible. “No puedes ser tan sensible”, le habían dicho en más de una ocasión. Eider se compadecía de todos los seres del planeta, por ese motivo, desde hacía más de dos décadas, no probaba la carne ni el pescado. Era como Lisa Simpson. Admiraba aquel amarillo y pequeño dibujo animado. Su diosa pagana.

—Ya has oído a Baraibar... quiere que seamos nosotros los que hablemos con la familia de la víctima —dijo Jon Ander sacándola de sus pensamientos mientras se miraba la camisa a

la altura de las axilas—. ¡Joder! Estoy impresentable. Qué asco. Voy a ver si tengo alguna camiseta en la taquilla.

Eider sonrió.

Media hora después estaban frente al portal de los padres de Amalia. Jon Ander había rescatado del fondo de la taquilla una camiseta gris oscura de cuello panadero. Llevaba varios botones desatados y estaba arrugadísima. Eider la miró de reojo y pensó que estaba igual de impresentable que con la camisa sudada. Percibió que él se sentía más cómodo, y al fin y al cabo, eso era lo importante.

Llamaron al interfono de la puerta y se presentaron.

—¿La *Ertzaintza*? —preguntó extrañado un hombre.

—Nos gustaría poder hablar con usted unos minutos —explicó Eider.

—Bien, bien, les abro —accedió el hombre no del todo conforme.

La puerta emitió un sonido agudo y Jon Ander empujó para abrir.

Subieron al primer piso y un hombre alto y canoso esperaba en el quicio de la puerta. Estaba serio pero sereno. Desconcertado. Su expresión no tardaría en cambiar. Una multa hubiese sido el mejor de los regalos que la *Ertzaintza* le podría haber llevado aquella mañana.

Se presentaron mostrando la placa y le sugirieron que les dejara pasar.

El hombre les dejó entrar.

—¿Está usted solo? —preguntó Eider esperando que no lo estuviera.

—Sí, mi mujer ha ido a hacer unos recados —explico extrañado.

Su mujer no estaba. Tal vez era mejor así. Eider pensó que no tendría que ver la cara de la madre de Amalia. Se sintió egoísta al pensar algo así, pero aún recordaba la cara de su propia madre cuando recibió la noticia del fallecimiento de Mari. Estaban las dos en la cocina cuando la *Ertzaintza* les informó. Recordaba perfectamente cómo palideció y después cayó de rodillas al suelo. Se llevó las manos a los ojos y lloró como una posesa durante un tiempo que a Eider se le hizo interminable. A pesar de que se arrodilló junto a ella y la abrazó, no logró consolarla y evitarle la pena.

—¿Es usted Javier Vargas, verdad? —preguntó Jon Ander.

—Sí, ¿qué ha pasado? ¿Qué quieren?

—Verá... Esta mañana nos avisaron del hallazgo de un cuerpo sin vida en el barrio de Ibarla. El cuerpo pertenece a una joven que acabamos de identificar como su hija —informó como pudo Jon Ander—. Lo sentimos mucho.

—¿Mi hija? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Amalia? Ambos afirmaron con la cabeza.

—¿Necesita que llamemos a alguien? —preguntó Eider posando su mano sobre el brazo.

Javier bajó la mirada hasta la mano de Eider y la miró como hipnotizado unos segundos.

—Eso no puede ser —dijo incrédulo—. Ayer mismo hablamos con ella —el hombre negó con vehemencia y caminó hasta otra habitación. Apareció al momento con un teléfono móvil. Buscó en los contactos con manos temblorosas y marcó. Se llevó el aparato a la oreja y esperó.

Eider se imaginó el teléfono de Amalia sonando dentro del bolso que ellos mismos habían confiscado. ¿Por qué hacía aquello? ¿Por qué lo ponía más difícil?

—No contesta —informó como alucinado.

Y no contestaría, pero ¿cómo se lo podían decir? Ya se lo habían dicho. Amalia estaba muerta. Muerta.

—Nos gustaría que nos acompañase al depósito para el pertinente reconocimiento de cadáver —pidió Jon Ander. Le sonó tan agresiva la palabra *cadáver* que se arrepintió al segundo. Seguro que Eider se lo recriminaría al llegar a la comisaría. Pero algo había que hacer para que el hombre entrara en razón.

—¿Qué cadáver? —preguntó atónito.

“¡Joder! ¡Mierda! El de su hija”, se dijo Eider nerviosa. No lo soportaba más.

—El cuerpo que encontramos en Ibarla esta mañana pertenece a su hija. Amalia, su hija, ha fallecido —explicó Jon con tacto.

La respiración acelerada del padre fue la única respuesta que escucharon en la cocina. El aleteo de la nariz de Javier era constante. Estaba pensativo, o tal vez ausente.

—¿Adónde tenemos que ir para reconocerla? ¿Adónde me han dicho? No es ella, de verdad —explicó como intentándoles convencer—. Esperaré a mi mujer e iremos los dos. Ya verán. Es imposible.

Eider miró a Jon Ander.

—Bien, les esperamos en el depósito. Tome nuestra tarjeta y llámenos si surge cualquier cosa ¿De acuerdo? —dijo Eider.

El hombre afirmó en silencio.

—¿Seguro que está bien? —insistió—. ¿No quiere que llamemos a alguien?

—No, no. Esperaré a mi mujer e iremos los dos. Estoy seguro de que tiene que haber un error. Denme la dirección del depósito que en menos de una hora nos presentamos allí.

—Les estaremos esperando.

Le facilitaron la dirección y abandonaron la casa. El padre no quería creerlo. Se había forjado una coraza en su mente para esquivar el dolor. La psicología humana es sorprendente. Ni siquiera preguntó cómo había muerto... Era increíble. Realmente pensaba que lo de la muerta no iba con él.

* * *

El reconocimiento del cadáver fue horroroso. La madre no se había puesto ningún tipo de coraza y su cara descompuesta anunciaba que tenía la certeza de que el cuerpo era el de su hija. Una especie de intuición. Al destapar la cara, se derrumbó. Sin embargo, el padre siguió sin reconocer a su hija. Una tela invisible le hacía no verla. Necesitó más de media hora para asimilarlo, para perder la ceguera que solo el abismo del dolor es capaz de causar.

Fue algo espantoso. Eider no fue capaz ni de comer.

Ahora, los padres, estaban sentados frente a Jon y ella, al otro lado de una mesa rectangular. Pese al calor, el despacho interior estaba frío en todos los sentidos. Unas venecianas plateadas cubrían el ventanal que daba a los pasillos de la comisaría. A Eider, la luz artificial le recordó al depósito de cadáveres y temió que a los padres les trajera el mismo recuerdo. Habían dispuesto cuatro botellines de agua y poco más. Al entrar, la madre le había entregado a Eider una fotografía de su hija en la que la joven sonreía enseñando unas paletas montadas que la hacían más inocente. El pelo rubio y sedoso, la tez cálida... Tenía un halo en la mirada que Eider interpretó como de emoción.

“El objetivo ha captado perfectamente... la, la chispa de la vida, no es otra cosa”, había pensado al mirarla.

Nada que ver con las fotos que tenían pegadas en la pizarra del despacho de investigación. La piel, el rostro hundido en el río, el pelo mojado, una mera distorsión de lo que fue Amalia.

Amalia, que así también se llamaba la madre, sostenía la mano de su marido sobre la mesa. Daba la sensación que aquella mujer le estuviese transmitiendo toda su energía para mantenerle en pie. Él, desde el momento que la vio por fin, sin vendas ni coraza, se había esfumado. Tardaría un tiempo en asimilarlo.

“Era tu niña pequeña”, se dijo Eider con un nudo en la garganta. Maldijo a la raza humana en sus adentros y deseó la muerte del criminal.

Lo poco que les había adelantado Blanca, la forense, era que parecía haber muerto estrangulada, que las desolladuras se las habían realizado post mórtem y que no había sido víctima de ningún tipo de agresión sexual. Todo esto, excepto lo de las desolladuras, se lo habían transmitido a los padres y, dentro del dolor, Eider fue testigo de un atisbo de alivio en sus rostros. Debía reconocer que ella también se había aliviado al oír a Blanca. Si con algo no podía era con las agresiones sexuales.

—No entendemos quién le ha podido hacer algo así a Amalia. ¿Cómo alguien puede hacer algo tan cruel? —preguntó la madre casi en un susurro. Aquella pregunta la había repetido y la repetiría el resto de su vida.

—A eso no podemos responder, pero sí a que haremos todo lo posible para encontrar a quien lo hizo —dijo Jon Ander con su voz ronca y grave.

—Eso espero, aunque... ya...

—Ya no volverá —la interrumpió el marido como un robot a punto de quedarse sin batería.

Ninguno dijo nada más.

–¿Saben si tenía algún enemigo? –se decidió Jon a preguntar.

–Enemigo ninguno, amigos todos. Era una chica muy abierta y muy buena –aseguró con tristeza la madre–. Siempre haciendo favores. Siempre tan desinteresada...

Eider sintió pena al comprobar que ya hablaba de su hija en pasado.

–Tal vez alguna persona que estuviera obsesionada con ella –sugirió Eider.

–No que tengamos constancia.

Tenían que hablar de las desolladuras pero no sabían cómo. Bastante estaban sufriendo ya. Era un detalle crucial en la investigación dado que era el dato que unía el crimen al de Héctor.

–Nos gustaría que nos facilitaran los datos de su entorno más allegado. Amigos, novio, compañeros de trabajo. Cualquier persona que se les ocurra. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron con ella?

–Por la tarde. Estuvimos hablando con ella para celebrar su cumpleaños. El sábado lo íbamos a celebrar. Cumplía veintinueve añitos –explicó al tiempo que las lágrimas se deslizaban por el rostro. Se las limpió con el dorso de la mano que no mantenía a su marido y continuó–. Había salido de la oficina a las cinco de la tarde y tenía intención de ir con su amiga a refrescarse a la playa de Hendaya.

–Bien, más tarde nos gustaría que nos diese los datos de su amiga. Queremos hablar con ella también.

–Hay un detalle que aún no les hemos revelado sobre el suceso –anunció Jon.

El padre irguió el cuello como si le hubieran recargado la batería y miró al suboficial.

—¿Un detalle? —preguntó la madre.

—Verá, su hija presentaba dos heridas en la parte delantera de los dos hombros —comentó señalando su osamenta recta y poderosa.

—¿Qué tipo de heridas? ¿Cómo arañazos? No entiendo —expresó confusa.

—Le faltaba parte de piel de ambos hombros.

—¡Dios mío! —se lamentó soltando a su marido y llevándose las manos a la cara. Este le agarró de la espalda y le dio un beso en la cabeza.

—No sufrió por ello —se adelantó Eider para consolarlos—. Las heridas se las realizaron post mórtem.

—¿Post mórtem? —preguntó quitándose las manos de la cara.

—Sí —afirmó Eider—. Ya, ya no estaba viva. No sufrió por ello, de verdad.

—¿Les dicen algo esas heridas?

Los padres se miraron.

—Mi hija tenía dos tatuajes, uno en cada hombro. Es lo único que se me ocurre.

—¿Tenía dos tatuajes? —preguntó interesada.

—Una golondrina en cada uno de ellos —explicó recordándolas—. ¿Ni siquiera se le veían?

Eider negó con la cabeza.

—¿Por qué han hecho algo así? ¿No tenía heridas en ninguna otra parte?

—Únicamente ahí.

—¿Por qué? —insistió en un susurro.

—Lo vamos a averiguar —aseguró Jon.

—¿Sabe dónde le realizaron los tatuajes? —quiso saber Eider.

—Creo que en Donostia. No estoy segura. Su amiga les podrá dar más detalles.

Eider miró a Jon y después a la pareja.

–Lo han hecho muy bien –dijo levantándose y caminando hacia ellos con una libreta en la mano—. Lo único que nos queda es que nos faciliten los nombres de las personas más allegadas a Amalia y ya se podrán ir a casa. Necesitan descansar.